

Detective EQUIS

en la
Gran Manzana



Antonia Sanín
TEXTO

Sandra González
ILUSTRACIONES



La desaparición de la corona

En una ciudad llamada Nueva York...
En un país conocido como Estados Unidos...
En el inmenso subcontinente de
Norteamérica...
Unos días antes de Navidad sucedió algo
inexplicable...

—¡Se robaron mi bella y famosa corona!

La Estatua de la Libertad, la célebre, única y simbólica Estatua de la Libertad, estaba perpleja mientras se tocaba la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? —dijo sorprendida y miró al cielo—. ¡Y con este frío!

Entre tanto, en un lugar remoto de Suramérica, el detective Equis despertó de su siesta ante el atronador grito que provenía



Propiedad de El Globo de Antonia.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

**NORTE-
AMERICA**

Propiedad de El Globo de Antonia.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

**SUR-
AMERICA**

del otro extremo del continente. El botón de alerta de su computador comenzó a alumbrar, lo cual significaba que había recibido nueva información sobre un caso por resolver en algún rincón del mundo.

Entró a la página principal de su proveedor de misterios y con asombro comenzó a leer:

El mundo reclama la devolución de la corona de la Estatua de la Libertad

22 de diciembre. Agencia 

Visitantes del mundo entero se entristecen al saber que ya no podrán subir al nivel más alto de la Estatua de la Libertad, pues anoche su corona fue robada. Desde allí, centenares de personas a diario podían disfrutar una magnífica vista de Manhattan, uno de los cinco distritos de la ciudad de Nueva York. Las cámaras de seguridad que bordean la Isla de la Libertad no registraron ningún movimiento extraño durante la noche. La policía está sorprendida de que alguien haya podido robarse la corona, dados su tamaño, su peso y la altura a la cual se encuentra. Hasta el momento, no existe ni una sola pista que ayude a aclarar los hechos.

Equis y su computador se miraron a los ojos y, sin decir palabra, chiflaron con fuerza para convocar al Globo a su oficina:

—¡Fiiiiiiiiiiiiif!



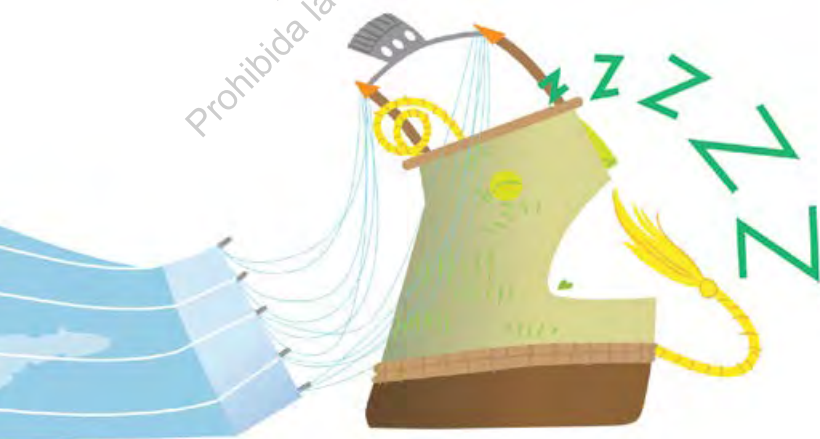
A los pocos minutos estaba ante él su eterno amigo y compañero. Pero ahora el Globo, somnoliento, no tenía cara de buenos amigos. No era para menos. Días atrás, el detective lo había autorizado para tomar unas largas vacaciones, después de solucionar un caso compli-

cado. Un descanso era justo y necesario. ¿Por qué lo llamaba entonces ahora?

—Tenemos una emergencia —dijo la ardilla sin mirarlo a los ojos de lo apenado que se sentía. Y trató de sonar enfático mientras recogía su kit de investigador y su mapa de Nueva York—: ¡La Estatua de la Libertad está en problemas!

El gigante de lona frunció el ceño y se cruzó de brazos. No le gustaban los cambios de planes repentinos. Pero Equis sabía cómo convencerlo...

—¡Nunca has estado en Nueva York!
—afirmó mientras abría sus ojos y alzaba sus cejas, indicando la importancia de este viaje. Y para hacer más sólidos sus argumentos lo



agarró por el hombro y agregó—: Es una ciudad fascinante y ¡sobre todo en Navidad! De cariño la llaman la Gran Manzana. Hay tanto por conocer que aunque uno viviera ahí, no alcanzaría a seguirle el ritmo. Te propongo algo... En esta ocasión tu responsabilidad será simplemente llevarme hasta la Estatua de la Libertad y traerme de vuelta cuando haya solucionado el misterio, ¡si logro solucionarlo! Mientras tanto, ¡tú puedes disfrutar de la Gran Manzana! —dijo mientras empujaba a su amigo hacia la puerta.

El Globo abrió los ojos intrigado y, conteniendo la emoción, aceptó la tarea. Su colega empezó a contarle:

—En esa ciudad vive la Estatua de la Libertad y le han robado su corona. Ni los estadounidenses ni los franceses —quienes regalaron la Estatua a Estados Unidos— podrán pasar una buena Navidad hasta que esta aparezca...

El detective tenía muy claro cómo funcionaba su amigo. Era un personaje muy particular porque, además de ser capaz de cruzar el planeta Tierra de punta a punta, solo obedecía órdenes cantadas. El Globo era quien

lo había llevado al lugar inicial de todas sus aventuras, recorridos tan largos que en ocasiones habían tomado días enteros de viaje.

La ardilla afinó la voz —hum, hum— y empezó a cantar siguiendo el ritmo de “New York, New York” de Frank Sinatra.



Me voy a New York.

¡Allá está la acción!

*Debo salvar la Navidad
en esa ciudad.*

*Iré al Empire State, al Central Park,
a Broadway y al Guggenheim,
todo por ayudar a la Estatua de la Libertad.*

—¡Llévame a Nueva York, por favor!

El Globo se infló rápidamente, cruzó la costa Caribe y voló bordeando a Centroamérica y México. Ya en los Estados Unidos, lo que más deseaba era llegar al destino fijado.

—¡Allá a lo lejos se ve la Estatua de la Libertad! —exclamó Equis entusiasmado.

Al acercarse, la dama, con su antorcha apagada, se veía ojerosa y descorazonada.



— ¡¿Quién robó mi corona?!

El grito traspasaba la barrera del sonido y llegaba hasta las galaxias vecinas.

El gigante de lona dio una vuelta alrededor de la Estatua mientras el investigador olfateaba a lo largo y ancho de la famosa escultura, en busca de pistas.

—Nada por arriba, nada por abajo, nada por delante, nada por detrás... —Equis se rascaba la cabeza con nerviosismo—. Qué misterio tan complicado.

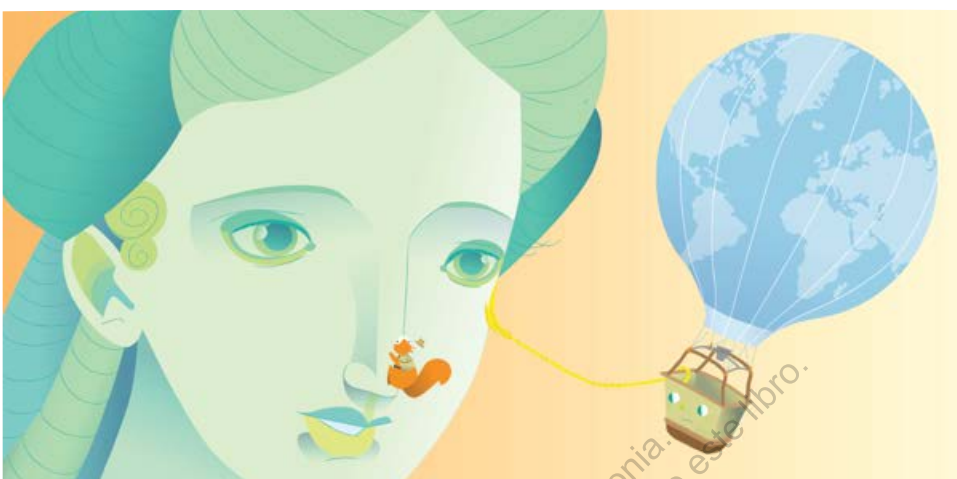
Había probado todos sus conocimientos de espía, brujo, chamán, médium y nada de nada. ¿Qué hacer? Solo faltaban dos días para Navidad y el mundo jamás le perdonaría no retornar la corona a la Estatua de la Libertad.

Decidido a tomar un descanso así fuera de dos horas de sueño, el investigador le pidió a su compañero que lo dejara en la cabeza de la bella dama. Al acercarse, se sorprendió al ver un inmenso grafiti sobre su cabello que decía:

Si quieren recuperar la
corona, la cita es en el
puerto del sur de Manhattan
hoy lunes a las 8 p.m.

¡Con esta información podría comenzar su investigación! ¡No había tiempo que perder!

El primer paso sería tener una conversación muy provechosa con la Estatua, cara a cara, así que le pidió un último favor al gigante de lona. El Globo, siguiendo sus instrucciones, se ubicó cerca al rostro de la señora y la acarició con ternura.



Al bajarse, la ardilla se despidió de su colega con una gran sonrisa de agradecimiento y emoción, mientras le decía:

—¡Nueva York es tuya, estimado amigo!

La Estatua no estaba muy contenta con el extraño ser que había llegado a hacerle compañía. Aterrorizada y ofuscada al mismo tiempo, preguntó:

—¿Quién eres?!

—Soy el detective Equis, a tus órdenes.

—¿Detective? ¿Trabajas para el Gobierno? ¿Vienes a recuperar mi corona? —preguntó.

—A eso vengo, pero no trabajo para el Gobierno —respondió a secas. Y acomodándose en la nariz de la dama agregó—: Soy un investigador

independiente. Estaba de vacaciones, pero definitivamente este es uno de esos misterios que no se pueden dejar pasar por alto. Por cierto... ¿sabes por qué alguien me cita a las ocho de la noche en el puerto del sur de Manhattan, según el grafiti que está en tu cabeza? ¡Solo tengo una hora!

La Estatua palideció súbitamente y empezó a toser.

—Cof, cof, cof —por poco se le cae la antorcha—. ¿Quién tuvo el descaro de pintar un grafiti sobre mi cabeza? ¿Y para qué querrá el vándalo que vayas allá? —preguntó con suspicacia.

—No lo sé, pero iré a averiguar.

Propiedad de El Club de América.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro.